



Marcelo Escalante Mendoza

DOGMAS MARIANOS

Una lectura educativo-pastoral

In memoriam

Sr. Roberto Escalante Catacora (+)

Tu amor y confianza en la Virgen fue siempre un ejemplo para toda la familia. Ahora que gozas al lado de ella, sigue cuidando de nosotros, como siempre lo hiciste.

“Pasa siervo bueno y fiel al banquete de tu Señor”.

Imagen de la portada: rostro ampliado de “La Piedad” de Miguel Ángel.

Diseño: Efraín Ramos

Sobre el porqué del rostro joven de María, el artista respondió:

Las personas enamoradas de Dios no envejecen nunca. La Madre tenía que ser joven, más joven que el Hijo, para demostrarse eternamente Virgen; mientras que el Hijo, incorporado a nuestra naturaleza humana, debía aparecer como otro hombre cualquiera en sus despojos mortales.

MARCELO ESCALANTE MENDOZA

DOGMAS MARIANOS

Una lectura educativo-pastoral

SANTA CRUZ – BOLIVIA

2022

CONTENIDO

LA MATERNIDAD DIVINA.....	3
LA PERPETUA VIRGINIDAD	7
LA INMACULADA CONCEPCIÓN.....	13
La Asunción de María a los Cielos	19
EPÍLOGO	
Actualizar nuestra devoción a la Virgen María	25

Introducción

Los dogmas son verdades de fe que, cuando son proclamadas solemnemente por la autoridad papal, se asumen como absolutas, ciertas e incuestionables. En nuestra fe católica existen ocho grupos de dogmas, entre los que se encuentran los marianos. Ahora, si bien son verdades incuestionables que exigen adhesión incondicional de parte de todo el pueblo fiel, siempre requerirán de interpretación. Así, para poder comprenderlos es menester saber algo de su historia y abrirse a poder experimentar el sentir de la Iglesia al momento de su proclamación. Los dogmas nos son una imposición, sino el fruto de una reflexión – no pocas veces sufrida – que permite al pueblo creyente una mejor relación con Dios y con quienes Él ha destinado para el bien de nuestra fe.

El conocimiento de la tradición que la Iglesia ha ido formando alrededor de la Virgen nos ayuda a amarla cada vez más y mejor. Más todavía, este conocimiento no es un asunto de eruditos, sino de todo fiel que ve a la Virgen María como su madre y como el mejor modelo de vida cristiana. Por el contrario, reducir nuestra devoción a algunas prácticas que pueden realizarse de modo mecánico y repetitivo, podrían desviar el sentido auténtico de la piedad mariana. En consecuencia, quien quiera mantener vivo y ardiente su amor por la Virgen, debe cultivar el deseo de saber más de ella y de cómo la Iglesia la venera.

Entre todas las Tradiciones marianas (nótese el uso de la mayúscula), los dogmas ocupan un lugar privilegiado e ineludible. En efecto, es poco lo que sabemos de la vida de María, la mujer de Nazaret; sin embargo, la Iglesia no se conformó con las pocas referencias que de ella se encuentran en la Sagrada Escritura. Es así que, a lo largo del tiempo, bajo la guía del Espíritu Santo fue descubriendo y recibiendo una tradición que se ha reconocido como cierta.

Hoy la Iglesia reconoce cuatro dogmas marianos: la Maternidad Divina, la Virginitad Perpetua, la Inmaculada Concepción y la Asunción de María a los Cielos. Cada uno con una historia particular y que recibió su reconocimiento pontificio en un momento característico. Ahora, si bien es cierto que hoy la totalidad de estos dogmas es bien aceptada y difundida, no siempre son comprendidos del modo correcto. En efecto, muchas veces el pueblo sencillo no indaga en el sentido profundo que encierran estas verdades de fe, quedándose sólo con lo más general empobreciendo su significado.

Con este sencillo trabajo pretendo motivar un primer acercamiento a los dogmas marianos. Es un escrito pensado no tanto para teólogos, cuanto para el cristiano de a pie que está siempre inquieto por el deseo de conocer más de su fe. Más aún, al momento de hilvanar sus líneas, pensaba en los catequistas y educadores; aquéllos que tienen en sus manos la responsabilidad de acompañar a los jóvenes en su camino de fe, de formar a los futuros creyentes. Por ello, me atreví a dar algunas orientaciones para el trabajo educativo, que cuando se hace con fe, es siempre pastoral. También, con la esperanza de que en algún lado este sencillo trabajo pudiese leerse en una especie de taller, propongo algunas preguntas para la reflexión y el compartir.

Agradezco la gentileza de quienes con paciencia se den a la tarea de recorrer estas líneas. Que María Auxiliadora guíe e inspire el trabajo que realizamos en favor de sus hijos.

El autor.

LA MATERNIDAD DIVINA

En nuestra fe, una de las primeras y más importantes declaraciones acerca de la Virgen María, fue reconocerla como Madre de Dios, o *theotókos*. En efecto, existen distintos testimonios que dan fe de que, desde muy temprano, los primeros cristianos comenzaron a invocar a María bajo ese título. Así lo demuestra, por ejemplo, la oración mariana más antigua que ha llegado hasta nosotros, la *sub tuum pressidium*, que reza: “bajo tu amparo nos acogemos, *santa Madre de Dios...*”.

El dogma de la Maternidad Divina de María fue rápidamente aceptado y asimilado por el pueblo cristiano. Contribuyó fuertemente el testimonio mismo de las Sagradas Escrituras, como la formulación de los primeros credos. Así, en distintas expresiones de fe, como la iconografía, oraciones y liturgias este título comenzó a ser de uso común. Sin embargo, existió una corriente contraria a esta formulación, los llamados *nestorianos*, quienes se negaron a aceptarla. A pesar de esta oposición, grandes padres de la Iglesia (como San Atanasio, San Ignacio de Antioquía y San Irineo) la defendieron con tenacidad. Más aún, distintos concilios fueron claros y categóricos: *María es Madre de Dios*.

Así, conforme la fe de la Iglesia fue creciendo y comprendiendo la divinidad de Jesús, fue natural otorgar a María este título. Si Jesús es Dios, su madre biológica es – en consecuencia – la Madre de Dios. Ahora bien, más allá de la declaración misma, la dificultad consistió en entender qué representaba esa maternidad para la fe del pueblo y para la historia de nuestra salvación. En otras palabras, si esta

categoría era meramente carnal o si gozaba de una connotación espiritual y/o soteriológica. Profundizar en el significado profundo de la maternidad divina es una tarea en la que hoy, dos mil años después, la Iglesia sigue empeñada.

La grandeza de la maternidad de María estriba más en la fe y el corazón de la mujer creyente que en su vientre. En este sentido, afirmó el gran San Agustín: “María es más feliz por haber sido discípula del Señor, que por haber sido su madre carnal”. De este modo, nos invita a contemplar, admirar y amar a la Madre de Dios no sólo durante el tiempo de la concepción, gestación y alumbramiento de su Hijo, sino a lo largo de toda su vida. En efecto, María, la mujer, aprendió a ser la Madre del Hijo de Dios en el día a día: en el recogimiento de la oración nocturna y en sus labores ordinarias, en el gozo de saberse parte del Pueblo de la Alianza y en la esperanza de la Justicia de Dios sobre los que lo oprimían.

Implicaciones de este dogma para nosotros

Conocer, profundizar y orar con un dogma es siempre un llamado a fortalecer nuestra fe. Así, conocer su formulación es ya un desafío para todo cristiano, pues al aceptarlo lo reconocemos como expresión-manifestación de la voluntad de Dios y, en consecuencia, ilumina nuestro camino de seguimiento de Jesús.

El dogma de la Maternidad Divina, podría invitarnos a:

- *Imitar a María dejando que la Palabra, el Verbo, se encarne en cada uno de nosotros.* Esto es, tener un amor especial por la Palabra de Dios, leerla con frecuencia, escudriñarla y meditarla de tal modo que afecte nuestra vida, permitiendo que Dios nazca y crezca en nuestro interior.
- *Reforzar nuestra pertenencia a la gran familia de Jesús, de la que somos parte por nuestra vocación cristiana.* El mismo Señor dice en su Palabra que “su madre y sus hermanos son los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica” (Mt 12, 48-50). Por tanto, este dogma nos desafía a actualizar cada

día este don que hemos recibido de Él, el ser parte de su familia, por medio de la *escucha y la puesta en acción de Su Palabra*.

- *Prestar especial atención y cuidado a las familias*. Invocar a la Virgen María como Madre de Dios, nos motiva a pensar en nuestros hogares y a cuestionarnos si es que son un reflejo del hogar de Nazaret, aquel en el que María y José educaron a Jesús. Así, nos compromete a una vivencia cada vez más cristiana de nuestro ser padre, madre e hijo/a.

Para los educadores

Son muchas las implicaciones pedagógicas del Dogma de la Maternidad Divina. Entre otras, me atrevo a señalar que los educadores cristianos que lo afirman y reconocen:

- *Promueven y defienden el valor fundamental de la familia para la sociedad y para la Iglesia*. Si Dios quiso nacer en una familia humana es porque ciertamente la aprecia y valora. En consecuencia, por nuestra parte, como educadores cristianos, estamos llamados a educar en nuestros jóvenes en el respeto y cuidado de la propia familia y la de los demás. Así mismo, nos compromete a generar conciencia entre nuestros jóvenes acerca de la importancia de una paternidad-maternidad cristiana y responsable.
- *Comprenden que su vocación de educadores no se centra sólo en los jóvenes, sino que abarca también la atención a sus familias*. Específicamente, se compromete con el acompañamiento a los padres de familia en actividades como la “escuela de padres”. Más aún, se preocupa por los problemas y dramas que se viven en los hogares, se solidariza con ellos y ofrece su apoyo.
- *Promueven un clima de familiaridad dentro del centro educativo*. Como cristianos, nos sabemos hijos de Dios Padre y reconocemos que la Madre de Dios es también madre nuestra; por tanto, todos somos hermanos. Esta fraternidad

se vive por encima de los límites de la consanguineidad, haciéndose universal. También dentro de la escuela, debe vivirse ese ambiente de acogida, comprensión, cariño y empatía que buscamos en nuestros hogares.

Preguntas para la reflexión y el compartir

- ¿Cómo hemos experimentado la maternidad de la Virgen? Compartir alguna experiencia en la que le has podido decir *madre* desde el corazón.
- Si tuvieras que describir tres características del amor maternal de la Virgen ¿cuáles serían?
- A partir de lo que hemos compartido, ¿cómo debería ser un cristiano que llama *Madre* a la Virgen María?



LA PERPETUA VIRGINIDAD

Este dogma, al igual que el anterior, goza de un sustento bíblico explícito e irrefutable. En efecto, tanto el evangelio de Mateo (1, 18-25), como el de Lucas (1, 34-35) afirman y confirman el origen divino de la concepción de Jesús, esto es sin participación de varón. A partir de este respaldo, la Iglesia no tardó en llamar a la Madre del Señor como *la Virgen María*. En efecto, así lo muestran particularmente los primeros credos de nuestra fe, que afirman: “Nació de María Virgen” (credo apostólico) y “se encarnó, por obra del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María” (credo niceno). Posteriormente, distintos concilios y sínodos, entre los más sobresalientes el de Constantinopla (553) y el de Letrán (649), respectivamente, lo afirmaron solemnemente. De este modo, la expresión “la Virgen” se convirtió tempranamente, desde el s. II, en el nombre propio de María para la comunidad de los creyentes. Incluso para nosotros, ese suele ser el modo común para referirse a ella.

La virginidad de María debe entenderse como algo ampliamente mayor al aspecto simplemente biológico. Si bien se trata, indiscutiblemente, de una virginidad de cuerpo, fue también una virginidad de los sentidos y, sobre todo, del corazón. Por tanto, María es siempre Virgen en cuanto se hizo siempre y absolutamente disponibilidad a cumplir la Voluntad de Dios. En otras palabras, su vida fue un constante “sí” al Plan Divino sobre su persona, Él proponía y ella respondió afirmativamente con *todo su corazón, con todo su ser, con todas tus fuerzas...*

Así, cuando se habla de su virginidad se habla de un aspecto que engloba toda su existencia. Ese “hágase en mí según tu palabra” fue preparado desde antes de la visita del ángel Gabriel y sostenido hasta después de la Resurrección de Jesús.

De este modo, entendemos la perpetua virginidad de María como su deseo de ser *toda de Dios y siempre de Dios*. Esta su disponibilidad radical y absoluta al querer divino logró en ella la plenificación de su vida, mostrando que la realización humana no depende en primer lugar de los proyectos humanos, sino de la generosidad con el plan de salvación. María Virgen nos recuerda que la felicidad humana se alcanza verdaderamente aceptando y cooperando con generosidad y confianza al proyecto de Dios sobre nuestra vida y la de la comunidad.

Al afirmar que María permaneció siempre virgen se suele especificar *antes, durante y después del parto*. Esto porque su apertura total a contribuir con el Plan de Dios no se vio afectada por su condición de ser madre, todo lo contrario, a partir de su alumbramiento se fue haciendo más libre, consciente y radical. Así, la perpetua virginidad de María nos confirma de un modo sublime que la Gracia no destruye nuestra naturaleza humana, menos aún nuestra libertad, sino que la transforma, perfecciona y eleva permitiéndole acariciar la realidad divina.

Podríamos preguntarnos acerca del por qué Dios dispuso que el nacimiento de su Hijo fuese de esta manera. Si bien nos es imposible llegar a una respuesta clara e incuestionable, la reflexión teológica se orienta a creer que fue el modo por medio del cual Él quiso mostrar con claridad la divinidad de Jesús. Una concepción, gestación y nacimiento así realizado sólo podría ser y provenir de Dios.

Así, reconocemos que la salvación de la humanidad viene en primer lugar del cielo y no de la tierra. Es, ante todo, gracia de Dios y no conquista del hombre – como afirma el teólogo protestante K. Barth. Ahora bien, lo antes dicho no es afirmado en desmedro de la naturaleza humana de Jesús. En otras palabras, aunque concebido de un modo sobrehumano, fue uno totalmente como nosotros. Siendo hijo de una madre virginal, como afirma el Concilio de Calcedonia, Jesús es *verdadero Dios y verdadero hombre*.

Implicaciones de este dogma para nuestra vida cristiana

Desde nuestra niñez hemos llamado a María como *la Virgen*. Sin embargo, en no pocas ocasiones este título se ha quedado simplemente como un nombre más. Para romper ese quietismo, propongo algunas líneas de acción para que la aceptación de este dogma toque nuestra vida cristiana y transforme nuestra vida:

- *Cultivar una actitud de agradecimiento por nuestra fe y vida cristiana, la que reconocemos como algo muy superior al simple esfuerzo humano.* Somos nacidos del agua y del Espíritu Santo, por lo que nuestro nacimiento a la vida cristiana, nuestro Bautismo, se asemeja en mucho al modo cómo Jesús se hizo hombre.
- *Cuidar nuestra pertenencia a la Iglesia.* Por definición, la Iglesia es también virgen y madre porque el Espíritu Santo la fecunda, por medio de la Palabra y los sacramentos, para que nosotros nazcamos a la vida cristiana. Ahora bien, esta filiación con nuestra madre Iglesia debe ser cuidada y fortalecida, de lo contrario puede languidecer.
- *Reconocer el valor y grandeza del amor casto y puro.* La elección de Cristo de nacer de una madre virginal ciertamente relativiza la sexualidad genital y eleva el amor de caridad. En otras palabras, en una época en la que el sexo tiende a ser absolutizado, los hijos de la Virgen Madre estamos llamados a ser testigos de la grandeza y belleza de la amistad desinteresada y limpia, de la compasión hacia los más necesitados y del amor que apunta a un proyecto integral de pareja.

Para los educadores

Para quienes tienen en sus manos la delicada labor de educar a la juventud, el dogma de la perpetua virginidad de María es una beta rica de enseñanzas pedagógicas. Meditarlo y reflexionarlo con los mismos jóvenes puede dar a luz lecciones

interesantes y desafiantes para nuestra labor educativa, entre otras, me atrevo a señalar:

- *La importancia de educar a la sexualidad y proponer la virginidad como un valor por el que vale la pena luchar.* Frente a la pansexualización de nuestro tiempo, como cristianos somos interpelados a nadar, e invitar a nadar, contracorriente. Esto es ser más claros en la educación para el noviazgo y la sexualidad. Conforme a la tradición de la Iglesia, bien podemos asumir un nuevo aliento en la promoción de la abstinencia sexual antes del matrimonio.
- *Enseñar a respetar la soberanía de Dios sobre nuestras vidas.* El puede cambiar nuestros planes y proyectos – por más rutinarios y naturales que sean – en cualquier momento, por lo que debemos aprender a aceptar con docilidad Su Voluntad. La educación religiosa no debe ser un adoctrinamiento, sino un esfuerzo por construir una actitud de total disponibilidad al deseo del Padre, aprender a dejar libremente que Dios moldee nuestra existencia según su querer.
- *Promover la dignidad de la mujer y su igualdad humana fundamental.* Fue en una mujer en la que el Espíritu Santo hizo su obra insuperable, el nacimiento del salvador. Por ello, estamos llamados a promover una educación que permita identificar y desplazar los prejuicios sociales que pretenden minusvalorar a la mujer. Más aún en los centros educativos, procurar que sean lugares en los que se respire igualdad y se promueva la superación de todos.

Preguntas para la reflexión y el compartir

- ¿Quién, cómo y bajo qué concepto nos han enseñado que María es Virgen y cómo ha cambiado ese conocimiento en nuestro camino de maduración en la fe y de experiencia cristiana?

- A partir de lo que hemos leído y reflexionado, ¿cómo podríamos presentar este dogma a la juventud, de modo que toque su vida y no se quede en un concepto vacío?
- A partir de lo que hemos compartido, ¿a qué nos llama, o inspira, este dogma en la vivencia cotidiana de nuestra vida cristiana?



LA INMACULADA CONCEPCIÓN

A diferencia de los anteriores, este dogma no goza de un sustento bíblico directo e indiscutible. Se suele proponer su respaldo en la declaración que hace Isabel al llamarla “llena de gracia” y “bendita tú entre las mujeres (Lc 1, 28 y 42) y en el propio testimonio de María, quien afirma que “el Poderoso realizó grandes obras en mí” (Lc 1, 49). Sin embargo, podemos afirmar que este dogma debe su reconocimiento al sentir de los fieles.

En efecto, fue el mismo Pueblo de Dios quien promovió y exigió la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de la Virgen. Y es que a partir de su experiencia cristiana, de la meditación de la Palabra y del crecimiento de su devoción mariana; la comunidad de los creyentes reconoció que la Madre de Dios, siendo que acogió en su seno la pureza divina, no pudo haber sufrido ningún tipo de corrupción en ningún momento de su existencia. Así, se fue gestando y fortaleciendo la *vox populi* que reconocía, declaraba y promovía la pulcritud de María incluso en el mismo momento de su concepción, lo que equivale a decir que estuvo libre incluso del pecado original. Sería imposible que aquélla destinada a aplastar la cabeza de la serpiente, hubiese estado en algún momento bajo su subyugación.

De este modo, recogiendo el sentir del pueblo cristiano, los pastores de la Iglesia, a la cabeza del Papa Pío IX, proclamaron dogmáticamente la Inmaculada Concepción de la Virgen María, por medio de la Bula *Ineffabilis Deus* de 1854, que a la letra dice:

La Beatísima Virgen María, en el primer instante de su concepción, por singular gracia y privilegio de Dios omnipotente, en vista de los méritos de Jesucristo, Salvador del género humano, fue preservada inmune de toda mancha de pecado original.

Es muy interesante y, por qué no decirlo, conmovedor que los grandes teólogos y doctores de la Iglesia entendieron tarde aquello que el sentimiento espiritual del pueblo sencillo había captado prematuramente. Más todavía, nos llama la atención que en la historia de la Iglesia grandes padres se opusieron a afirmar la inmaculada concepción de la Virgen, como San Bernardo, Santo Tomás, San Buenaventura y otros; quienes a lo mucho llegaron a aceptar una especie de purificación. Entre las congregaciones religiosas, los grandes detractores de este dogma fueron los dominicos, mientras los franciscanos sus grandes defensores. (Se dice que sus disputas eran tan acaloradas en torno a este tema que incluso llegaron a los golpes).

En todo caso, la Inmaculada Concepción de la Virgen puede ser vista como el triunfo rotundo y contundente de la Gracia sobre el pecado. Una victoria tan clara y aplastante que sólo puede ser comparada y superada por la victoria de Cristo sobre la muerte. Es, en consecuencia, una invitación a la confianza inquebrantable de la gracia de Dios sobre el pecado humano, por más grande que éste sea. La Virgen Inmaculada ha inspirado siempre la lucha contra todo tipo de injusticia y corrupción.

Para concluir, este dogma nos invita a contemplar nuestra realidad humana bajo un realismo optimista. Esto quiere decir, ser conscientes de la presencia real y funesta del mal en el mundo y de sus consecuencias en nuestra fragilidad; pero, también, la certeza del poder de Dios que nunca sucumbirá frente a la maldad, todo lo contrario. La Inmaculada es luz que ilumina, guía y alienta nuestras luchas en contra el anti-reino.

Implicaciones de este dogma para nuestra vida cristiana

El dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen fue proclamado en un contexto de adversidad para la Iglesia. A mediados del s. XIX en todo el mundo se respiraba un aire de rebelión social, emancipación de las instituciones tradicionales y racionalismo secante de corte ateo. No sorprende que los grandes promotores de estos movimientos identificaron a la Iglesia y sus pastores, particularmente el Papa, como enemigos declarados. Por ello, este dogma fue también respuesta a aquellos vientos que golpearon con virulencia la Barca de Pedro. Tomando en cuenta lo dicho hasta el momento, podemos afirmar que quienes reconocemos este dogma:

- *Nos comprometemos a reconocer, denunciar y atacar todo aquello que es contrario a la Gracia de Dios.* Esto vale en lo personal, familiar y social. Siendo hijos de una Madre Inmaculada, no podemos comulgar con ningún tipo de corrupción, menos aún, la que atenta contra inocentes y los más débiles.
- *Asumimos la responsabilidad de hacer que la Gracia de Dios crezca cada vez más en nuestra vida.* Esto es vivir en la tensión constante por llevar adelante un crecimiento integral de nuestra persona. La vida de fe es un proceso en el que encontramos altibajos, en todo caso, es necesario que cultivemos en nosotros el deseo de ser siempre mejores.
- *Vivir nuestra vocación profética de bautizados como ciudadanos siendo solidarios con el sentir de nuestro pueblo.* Ello nos mueve a crecer en la responsabilidad social que tenemos como cristianos en la vida pública. De manera especial, en el ejercicio de nuestros deberes y derechos cívicos por medio de la promoción, cuidado y defensa de una cultura democrática. Más todavía, no ser indiferentes ante los distintos tipos de injusticia que sufren los menos favorecidos.

Para los educadores

El dogma de la *Inmaculada Concepción de la Virgen* interpela con dureza nuestra labor educativa. En no pocas ocasiones, también nosotros somos absorbidos por la cultura de la mediocridad y del mínimo esfuerzo, de la comodidad y del relativismo, del permisivismo y de la indiferencia. Contrario a esta mentalidad, la devoción a la Madre Inmaculada nos exige crecer y formar en la radicalidad de las exigencias de la vida cristiana. Un ejemplo paradigmático que puede ser propuesto como ideal es la figura del adolescente Santo Domingo Savio, devoto fiel y amantísimo de la devoción a la Inmaculada, quien repetía: “morir antes que pecar”. Por ello, inspirados en este dogma, como educadores asumimos el compromiso de:

- *Formarnos y formar a nuestros estudiantes apuntando a altos niveles de vida humana y cristiana.* El ejemplo del sacrificio de Jesús en la cruz nos enseña que la vida cristiana no comulga con la mediocridad, menos aún con el simplismo, sino que exige una entrega total y radical. Por ello, debemos aprender a ser disciplinados incluso con aquello que estamos acostumbrados a relativizar, como por ejemplo la puntualidad.
- *Estar atentos al sentir de los jóvenes.* El dogma de la Inmaculada no vino en primer lugar de las mentes iluminadas de la Iglesia, sino del pueblo sencillo que intuyó esta verdad de la vida de nuestra Madre. Ello nos enseña a no despreciar la opinión de la juventud, sus miedos, sueños y proyectos; Dios habla también por medio de ellos.
- *Cultivar el valor de la esperanza.* La Inmaculada Concepción es la realización de la utopía de la humanidad: la ausencia total del mal y del pecado. Ella nos enseña que el proyecto de Dios es viable, por lo que – aunque el maligno golpee con fuerza y violencia – no debemos dejar de confiar y caminar. Como dicen Ivonne Gebara y M^a Clara Bingemer: “La Inmaculada Concepción de María es la garantía de que la utopía de Jesús – el Reino de Dios – sea realizable en esta pobre tierra”.

Preguntas para la reflexión y el compartir

- El 08 de diciembre, fiesta de la Inmaculada, es una de las festividades católicas más celebradas en nuestros pueblos latinoamericanos. De lo que hemos visto y vivido en la religiosidad popular ¿Qué elementos identificamos como expresión auténtica de fe cristiana y qué de tergiversación?
- A partir de lo que hemos leído y reflexionado, ¿cómo podríamos presentar este dogma a la juventud, de modo que toque su vida y no se quede en un concepto vacío?
- La imagen típica de este dogma es, inspirada en el libro del Génesis, la de la mujer aplastando la cabeza de la serpiente. A partir de lo que hemos compartido, ¿cuáles son los peores males, la serpiente, que nuestro amor a la Virgen Inmaculada exige ruptura y lucha radical?



La Asunción de María a los Cielos

Este es el más reciente de los dogmas. Fue proclamado por el Papa Pio XII el 01 de noviembre de 1950, por medio de la constitución apostólica *Munificentissimus Deus* (Dios Generoso), que a la letra dice:

Pronunciamos, declaramos y definimos es dogma revelado por Dios que: la Inmaculada Madre de Dios, siempre Virgen María, terminado el curso de su vida terrena, fue asunta a la Gloria Celeste en cuerpo y alma.

Al igual que el anterior, este dogma puede ser considerado como otra victoria del sentir de los fieles. En las décadas anteriores a su promulgación, se vivió el llamado “movimiento asuncionista” que generó una avalancha de peticiones a favor de esta declaración dogmática. Se dice que de 1863 a 1921 se recogieron más de 1.6 billones de firmas con este pedido, lo que equivale a decir 4 de cada 5 diócesis. Cuando Pio XII, en 1946, consultó a los obispos del mundo sobre el sentir del pueblo cristiano sobre esta doctrina, constató la abrumadora unidad que elevaba la petición.

Este sentir del pueblo cristiano se fue gestando por siglos. En efecto, ya desde el s. II en círculos judeocristianos y en el s. IV en Oriente, se hablaba del fin de la vida de la Virgen María en términos de *dormición*, tránsito o descanso. Diversas tradiciones sobre la historia en torno al lecho de muerte de la madre de Jesús, se fueron tejiendo y transmitiendo, algunas bastante creativas.

El pueblo cristiano comenzó a celebrar la fiesta litúrgica de la Asunción, fijada para el 15 de agosto, desde el s. VI. Ello representó un impulso fenomenal para la propagación de esta devoción. La iconografía hizo gala de creatividad, los artistas imaginaron aquel día en el que María subía al cielo en brazos de los ángeles, o reinando ya al lado de su hijo como la mujer del Apocalipsis (Cap. 12), la de las doce estrellas en su corona y la luna bajo sus pies.

A pesar de que la Asunción es de María, el dogma tiene un carácter teo- y cristo-céntrico. La misma proclamación dogmática explica con claridad que fue Dios quien la elevó a la Gloria celestial. Por tanto, no es ella quien gana este privilegio tan excepcional, sino que es un don recibido. De este modo, sólo podremos entender el significado real de la Asunción profundizando en el misterio de la Resurrección. Cuanto más conocemos a Jesús mejor entendemos a María, cuanto más nos acercamos a la Virgen más cercanos somos a su Hijo.

En todo caso, la elevación de María en cuerpo y alma es un manifiesto de dignificación de la persona toda. Por ello, este dogma puede entenderse como una respuesta clara y categórica frente a quienes pretenden cosificar, minusvalorar o idolatrar el cuerpo. El dogma de la Asunción confirma que la felicidad auténtica, imperfecta en el tiempo y perfecta en la eternidad, abarca la integridad de la persona.

Del mismo modo, el dogma de la Inmaculada Virgen Asunta a los Cielos confirma la sacralidad de la vida humana. En consecuencia, es también un grito de defensa de nuestro medio ambiente en el que desarrollamos nuestra existencia. Ver a María, una mujer sencilla del pueblo pobre, coronada en la máxima dignidad alcanzable nos recuerda que toda vida es sagrada, más aún la de los que menos pueden defenderse.

Implicaciones de este dogma para nuestra vida cristiana

La definición dogmática de la Asunción de la Virgen tuvo lugar después de la Segunda Guerra Mundial. Este contexto histórico lo sitúa en un momento crítico de la historia humana, cuando sufría las consecuencias de un racionalismo irracional,

cuando el poder creativo de nuestra mente se convirtió en auto-aniquilador. En aquel siglo, la dignidad y el valor de la vida humana había sido relativizado y subordinado a intereses y ambiciones mezquinas y ególatras. De este modo, el dogma de la Asunción de la Virgen María en cuerpo y alma a la realidad celestial, pretendió recuperar la sacralidad de la vida humana. Como fieles cristianos, este dogma nos invita a:

- *Promover una cultura de paz y hermandad.* La dignidad humana se construye en las relaciones sociales del día a día, por ejemplo: en la aceptación de la diferencia, en la justicia social, en el respeto de la persona del otro, en el cumplimiento del ordenamiento civil, etc. Como cristianos, estamos llamados a ser los primeros promotores de una sociedad de estas características, a la que Jesús entendió como el Reino de Dios.
- *Denunciar con claridad los atentados que se dan a la vida humana, especialmente de los más desfavorecidos.* Pensemos en lo que implica la corrupción pública para los pueblos más abandonados, o lo que representa lo equivocado de algunas políticas sanitarias durante la pandemia para los que no tienen acceso a un seguro de salud. Situaciones como estas no pueden sernos indiferentes, el silencio puede ser cómplice.
- *Promover un compromiso con el cuidado de nuestra Casa Común.* El dogma de la Asunción de la Virgen, rescatando la sacralidad de la vida humana, nos interpela y cuestiona acerca del modo cómo habitamos en esta tierra que nos ha sido encomendada. Sin una relación de sano equilibrio con nuestro medio ambiente, la vida de todos nosotros está en riesgo.

Para los educadores

El crear conciencia acerca del valor y sacralidad de toda la persona humana es una constante de toda labor educativa. Puede ser considerada como un eje transversal de todos los planes y diseños curriculares, así como del trabajo pedagógico del día

a día. En este sentido, encuentra un eco inconfundible en nuestro esfuerzo educativo. A partir de lo reflexionado, propongo:

- *Promover el cuidado integral de la persona.* Esto implica favorecer y enseñar desde un estilo de vida saludable (alimentación sana, práctica del ejercicio físico, suficiente descanso nocturno, etc.), hasta el fomento de la autoestima y autoaceptación, pasando por el cultivo de relaciones humanas sanas y favorecedoras.
- *Prevenir y sanar las consecuencias de una mentalidad tanto de banalización, como de idolatrización del cuerpo.* En nuestra sociedad, al mismo tiempo se promueve el hedonismo y la cosificación del cuerpo por medio del pansexualismo. Este desequilibrio puede producir confusión, desprecio de la propia persona y llevar a acciones equivocadas a nuestros jóvenes. Por ello, como educadores estamos llamados a estar atentos e intervenir oportunamente, tanto para prevenir, como para sanar.
- *Favorecer una cultura de igualdad humana fundamental.* Es importante y aleccionador reconocer que el único ser humano elevado en cuerpo y alma; y colocado en la Gloria Celestial al lado de Cristo Resucitado fue una mujer, su madre. La Asunta es respuesta, incluso subversiva, contra cualquier ideología que pretenda minusvalorar a la mujer. Ella es motivo e inspiración para toda la humanidad: para ellas, es signo del verdadero empoderamiento, y, a ellos, les recuerda la igualdad fundamental de todos los seres humanos.

Preguntas para la reflexión y el compartir

- El Dogma de la Asunción de la Virgen a los Cielos ha sido punto de desencuentro con los hermanos separados. ¿Qué experiencias hemos tenido

con ellos respecto a nuestro culto a la Madre de Dios y cómo los hemos afrontado?

- A partir de lo que hemos leído y reflexionado, ¿cómo podríamos presentar este dogma a la juventud, de modo que toque su vida y no se quede en un concepto vacío?
- A partir de lo que hemos compartido, ¿a qué nos llama, o inspira, este dogma en la vivencia cotidiana de nuestra vida cristiana?



EPÍLOGO

Actualizar nuestra devoción a la Virgen María

En las siguientes líneas pretendo responder a la pregunta: ¿qué implica ser devoto, o cómo vivir nuestra devoción, a la Virgen María en nuestros tiempos de emergencia sanitaria mundial y sus secuelas? Seguramente, la respuesta más pronta que nos viene a la mente es la de *ofrecer nuestra oración* – por medio de rosarios, novenas, peregrinaciones, etc. – en favor de los que sufren y luchan contra el virus. Ciertamente, vivimos en un tiempo en el que la oración es fundamental para sobrevivir, pero se necesita más.

La oración pasiva e indiferente a la realidad podría ser utilizada como la excusa para eximirnos de nuestros compromisos cristianos. En efecto, los rezos y prácticas devotas podrían mimetizar, o camuflar, nuestro egoísmo, pasividad, o indiferencia... ante la situación crítica que encaramos. Entiendo que una actitud de oración pasiva, mecánica y desencarnada llevó a Marx a calificar la religión como el “opio del pueblo”.

En este sentido, debemos reconocer que no somos pocos los católicos que oramos con los ojos cerrados, más no para concentrarnos sino para no ver el sufrimiento que nos rodea. Esta situación no pasa desapercibida ante los demás, especialmente a los más críticos de nuestra vida de fe, ¿acaso nosotros también no hemos recibido críticas y burlas por nuestra respuesta piadosa frente a los problemas sociales que nos angustian?

Entonces, a partir de este contexto, volvemos a preguntarnos cómo vivir nuestra devoción a la Virgen María en tiempos de coronavirus y sus consecuencias. Pienso que una respuesta acertada debe englobar las dos dimensiones fundamentales de la vida espiritual cristiana: la contemplación y la acción. Ahora bien, estas dos dimensiones vividas de un modo auténticamente cristiano no se excluyen ni se separan, sino que se combinan en armonía y tensión. En otras palabras, se trata de ser contemplativos en la acción y activos en la contemplación. Esta cualidad de toda oración cristiana se enriquece cuando se hace en sintonía con nuestra devoción mariana.

La oración mariana auténtica se realiza implorando la intervención de la Virgen e imitando su modo de ser creyente. Esto quiere decir que nuestra devoción debe ser expresión de un cristianismo fiel y auténtico; esto es un compromiso serio y radical con el Reino de Dios anunciado por Jesús. Como todo cristiano, quien ama a la Madre de Jesús debe poner en práctica el principio de compasión y misericordia, de justicia y verdad, y asumir una posición de oposición radical frente a cualquier tipo de corrupción y opresión.

Por tanto, considero vital e innegociable que nuestra oración a la Virgen María se inspire (inicie) y se oriente (regrese) a la realidad que tenemos que afrontar. Más aún, siendo una oración mariana, tanto en el modo como en la esencia debe tener a la Madre de Dios como referencia y criterio de autenticidad. Por ello, es necesario que todos los que la amamos y veneramos hagamos un esfuerzo mayor por conocerla. Este trabajo implica dejar de lado las sedas y joyas con las que solemos adornarla para acompañarla en su camino por las calles polvorientas de su Nazaret.

María fue una sencilla mujer judía que compartió las esperanzas y sufrimientos de su pueblo. En efecto, los pocos datos históricos que tenemos de ella, nos muestran con claridad que fue parte del pueblo pobre, despojada

de todo tipo de privilegios de orden social y religioso. Más todavía, tomando en cuenta la mentalidad de su cultura, por ser mujer estuvo empujada al silencio, anonimato y sumisión. Sin embargo, como lo dice en su Magnificat, ella asumió una actitud profética y esperanzadora, de confianza en la Justicia y Poder de Dios, frente al mal que golpeaba con fuerza y violencia a su pueblo.

De este modo, María, la mujer judía, se convierte en un ícono de los anhelos más profundos de su sociedad. Por ello, su “Sí”, expresado como “aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”, debe ser entendido como expresión de su corazón de creyente, pero también como signo del anhelo de su pueblo, que ruega por la implantación del Reino de Dios. Esta solidaridad no fue sólo de palabra y buen sentimiento, sino de obra y compromiso con la realidad de su pueblo.

En tiempos de coronavirus y sus consecuencias

Nuestra generación sufre un azote comparado a las grandes guerras. Además de las grandes preocupaciones venidas del calentamiento global y la injusticia mundial, se encuentra ahora el virus y sus consecuencias. No fue sólo la enfermedad que golpeó a todos los hogares del mundo, sino también las consecuencias de los confinamientos y encierros los que hoy siguen lacerando las espaldas de los más necesitados. A ello debemos añadir la irracionalidad de algunos poderosos que se aprovechan de este momento para hacer su “ganancia de pescadores”. En fin, todas las épocas vienen acompañadas de sufrimiento, pero en la nuestra éste es ya inocultable.

Frente a esta situación se espera un compromiso de toda la humanidad. La situación es tan crítica que debemos pensar que de esta o salimos juntos, o nos hundimos juntos. Ahora bien, es cierto que se requiere

el compromiso de todos, pero se espera que algunos sean protagonistas y ejemplos vivos de la construcción de una nueva civilización. Entre ellos nos encontramos los creyentes, particularmente los cristianos.

Las características de nuestra fe nos colocan ante la posición del compromiso inexcusable en favor de la reconstrucción de la humanidad. En efecto, todo el mensaje de Jesús, que él mismo resume como “el Reino”, puede entenderse como el deseo divino de dar inicio a una nueva creación, en la que una nueva humanidad materialice los valores y principios de una sociedad del amor. De este modo, quienes acogemos el mensaje del Señor deseamos hacer efectiva esta voluntad divina. Este compromiso tendrá siempre una fuente mayor de inspiración: la vida, prédica y obra de Jesús; pero no excluye a quienes se acercaron a él, entre todos sobresale su madre.

Conocer y amar cada vez más a la Virgen María nos acerca más a Jesús y a su misión. En otras palabras, una devoción auténtica y coherente con la fe cristiana debe llevarnos a un compromiso siempre más radical con la causa del Reino, con la construcción de la civilización del amor. Por tanto, el devoto de la Virgen, la mujer del Magnificat, no puede ser indiferente ante lo que ocurre en el mundo: no debe cerrar los ojos ni ante las luces de las semillas del Reino, ni ante las sombras del anti-reino.

El Magnificat nos muestra que María, la mujer de Nazaret, vivía con los ojos bien abiertos a las realidades de su tiempo. Más aún, su oración y su respuesta de total abandono a lo que el Señor le pide son posibles por la conciencia de lo que ocurría con su pueblo, en el ayer y en hoy. Pero la mirada de María no es la de una socióloga, sino la de una creyente, quien sabe que el mal del mundo nunca será mayor que el poder de Dios. Por ello, en la visita a su prima Isabel, su cántico es memoria y profecía, es historia realizada y esperanza por construir, es la seguridad de que algo nuevo está por surgir,

un algo posible gracias a su respuesta generosa a Dios y a su compromiso con su pueblo.

En los tiempos en los que nos encontramos, la devoción a la Virgen debe llevarnos a una mirada optimista y equilibrada de la humanidad. Durante el tiempo de la pandemia contemplamos y admiramos, no podemos negarlo, lo mejor de la humanidad, especialmente en obras impresionantes de solidaridad y servicio, de sacrificio heroico en favor del otro por el sólo hecho de ser un *alter ego* (otro yo). Pero, por otro lado, este tiempo nos dejó perplejos acerca del mal del que es capaz el ser humano, especialmente en la falta de empatía, el egoísmo radical, la búsqueda del mayor beneficio incluso a costa del sufrimiento y la vida misma de los más débiles. Todo lo que hemos contemplado con nuestros ojos no sólo debe afectarnos emocionalmente, sino que debe transformar nuestra vida y nuestra espiritualidad.

Dice el refrán popular “a Dios rezando y con el mazo dando”. Esto es, aplicado a nuestra devoción a la Virgen María, que nuestras prácticas devotas deben llevarnos ineludiblemente al compromiso en favor de los últimos. De manera especial, de quienes quedaron más afectados por la pandemia y sus consecuencias. Ahora bien, esto es más que organizar algunas actividades de solidaridad, que son muy buenas y útiles; sino un compromiso especial por formar una nueva mentalidad, una nueva sociedad, la nueva creación en la que todos seamos y nos creamos hermanos, porque somos hijos de un mismo Padre.

Nuestro tiempo exige de los cristianos una *actitud profética* clara y radical. Lo dicho en los párrafos anteriores es válido para toda época; sin embargo, hoy es impostergable. Así todos los elementos de nuestra vida cristiana deben transparentarla, también nuestra devoción mariana.

El profetismo es una característica fundamental de la vida cristiana. Es más, por medio del bautismo somos hechos sacerdotes, *profetas* y reyes. Según el testimonio bíblico, el profeta se caracteriza porque *anuncia, denuncia y renuncia*. Ante la maldad humana y su injusticia, el profeta anuncia la esperanza de un nuevo día en el que el bien se impondrá al mal, el día de Dios que está por venir. Frente al pecado que crea injusticia y dolor, y que se cristaliza en estructuras corruptas y opresoras, el profeta asume una posición valiente de denuncia pública, incluso desafiante ante los poderosos y sus avaricias. El anuncio y la denuncia exigen del profeta una actitud de renuncia de sus propios proyectos y seguridades, de sus esquemas mentales y conclusiones existenciales.

María es conocida por ser una mujer profética. Su vida fue una expresión de profecía auténtica y coherente con el profetismo de su pueblo. En efecto, su generosidad en la respuesta al plan de Dios coloca en sus labios el primer *anuncio* de la venida del Mesías. Su Magnificat es un himno de *denuncia*, casi subversivo, de la maldad humana y de la bondad-Poder divino. Su plena disponibilidad al plan y proyecto de Dios, fue la *renuncia* a sus ambiciones y proyectos personales. Quienes la seguimos y la reconocemos por Madre, no podemos sino intentar ser como ella, cristianos profetas.

A imagen y ejemplo de la Virgen:

¿Qué y a quiénes me pide Dios que *anuncie*?

¿Qué y cómo me pide el Señor que *denuncie*?

¿A qué/quién me pide el Hijo de Dios que *renuncie*?